



PERIÓDICO SATÍRICO BISEMANAL, CON CARICATURAS

POR UN PERRO GRANDE

Año II.

Sevilla, 25 de Diciembre de 1880.

Núm. 128.



EN EL BARRANCO

No me acerqué con malos intentos, con aviesas intenciones ó con el siniestro propósito que tiene su espantosa realidad en la cocina. Me acerqué para verlos, para recrear la vista en sus lúcientes atavíos, para considerarlos en sus penúltimos momentos. ¡Qué espectáculo más conmovedor!

El estaba sombrío, ceñudo, teniendo enhiesto unas veces, y otras esgrimiendo, con ademan amenazador, el largo y hueco signo de su despótica autoridad. Ellos inocentes, distraídos, moviéndose sin inquietud y haciendo pomposo alarde de sus galas. El acongojado por la avaricia; ellos engreídos con la admiración de que eran objeto.

Y ¡qué situación, qué cuadro más parecido al que uno y otro día merece mi atención predilecta!

Cuando he subido á la Giralda he solido sentir un deseo de satisfacción imposible. «Si todos los edificios desaparecieran, —me decía yo al contemplar á Sevilla desde uno de los huecos de su gallarda torre;— si todas esas viviendas que descubro dejaran súbitamente de existir, podría yo gozar de un grandioso espectáculo: el que formarían mis ciento cuarenta mil convecinos aglomerados en la extensa llanura donde la ciudad se asienta.»

Y ¿qué hubiera visto?

Una masa informe, bullente, de la cual se escaparía el rumor de las muchedumbres, rumor oceánico, cuyo diapason caprichoso degenera unas veces en leve susurro y otras finge los estruendos de la tempestad; una aglomeración de criaturas moviéndose en espacio limitado, donde el interés, la relación, el afecto y la necesidad los concierta, los une, los estrecha ó los reduce.

Eso mismo creía yo estar viendo ayer, aunque en miniatura y dentro de una metamorfosis supuesta y hasta cierto punto justificada.

Figuráos que ciento cuarenta mil criaturas empadronadas ó por empadronar en la tercera capital de España se trasforman como por encanto en otros tantos de esos perseguidos animalitos que pertenecen á la familia de las gallináceas, luciendo, en vez del extravagante sombrero de copa alta ó el *hongo*, la carúncula violácea, adorno natural de la legendaria víctima de Pascua; suponed todo lo necesario al propósito de considerar á vuestros convecinos como otros tantos pavos, y convendréis en que debí detenerme como lo hice ayer ante una manada de éstos y entregarme á una meditación filosófico-culinaria. ¿Es tan extraño relacionar ó comparar la existencia y trágico destino de un pavo, con la existencia y destino de un sevillano, en el año de gracia que agoniza? ¡Oh, nó! porque para completar todos los términos de una comparación justificada, hasta el *pavero* insensible sugiere inevitablemente el recuerdo de D. Paco; hasta la caña de aquél excita á la consideración del inflexible símbolo jurisdiccional que empuña éste.

Por eso yo me decía viendo los pavos del mercado:

—¡Infelices!... merecis toda mi simpatía, porque comprendo á dónde os conducen los designios implacables de vuestro *pavero*.—Y luego, dando otro giro á mis ideas, continuaba diciendo mentalmente y no ménos conmovido:—¡Tú, pavo inocente, que haces la rueda á esa coquetuela de negra pluma, ignorante de tus cercanas desdichas, no ves que te mira con

ávidos ojos aquel señor gordo y risueño que aguarda á que cierres la cola y recojas las alas para apreciar mejor el volumen real de tu apreciable cuerpo!... ¡Así, desprevenido por livianos engreimientos, el contribuyente mísero vive también ajeno á su desgracia!... ¡Así se conduce y obra mientras el *pavero* ajusta su muerte con gastrónomo voraz!...

Nó, no llamen ustedes á esto sensiblería. Los pavos en el mes de Diciembre son casi prójimos nuestros. El hombre de la caña es ese otro de baston de idem que se divierte con nuestros infortunios. Fíjense ustedes en uno y otro y me darán la razón.

¿Qué quedará dentro de algunos días de esas manadas de inofensivas aves, que alegran con su *glu glu* á los aficionados al *truffé*? Un recuerdo y montones de plumas que recogerán los carros de la limpieza. Consumada la hecatombe, ni una voz se alzará en honor de las víctimas ni habrá quien afrente á sus verdugos. Estos sobrevivirán á la catástrofe y nada turbará sus impíos regocijos, más y más ruidosos cuanto mayores fueron los éxitos de sus proezas *pavícolas*.

Idéntico porvenir se ofrece á nosotros los pavos de la manada que *cañea* el insigne Paco, *pavero* interino; pero el más inflexible sin duda de toda la *recova*. Dentro de poco estaremos desplumados, con el moco caído y en el último trance; la obra de destrucción será consumada.

Sin embargo, nos resta una esperanza. No nos comerán porque estaremos en los huesos. Y si esta esperanza nos faltase aún podemos saborear otra no ménos lisonjera. La de que si se resuelven á comernos se produzcan mortales indigestiones.

Cosa que no sucedería si los comidos fueran.... los *paveros*.

EL ALABARDERO EN HUELVA

—Señores, es preciso solemnizar dignamente estas Pascuas.

—Opinamos lo mismo, —dijeron todos.

—¿Y de qué manera?

—Yo propongo que se celebre un banquete.

—A mí un banquete me parece poco, —dijo el Concejal Sr. Lopez;— debieran celebrarse varios cada día de Pascua, y aún en los siguientes, hasta Reyes.

—Pido la palabra para una alusión personal, —dijo el médico de aquel apellido.

—Aludo á los Reyes Magos, digo, Magos.

—Basta la palabra; no necesito más explicaciones.

—Yo opino, —dijo un inviolable (vulgo Concejal), —que el banquete deberíamos darlo nosotros á nuestros electores.

—¡Siempre que no se sirvieran pavos y no se diera el banquete el 28, para evitar susceptibilidades!...

—Eso de los banquetes se ha hecho ya tan cursi desde que....

—¡Basta! ¡basta!—gritaron varios;—no dad un giro torcido á esta discusión.

—Aquí estamos para solemnizar las Pascuas y nó para dirigirnos pullas.

—¡Justo! Los amigos.

—¿Quién me llama?

—No es á usted, Sr. Garrido.

—¡Va!

—Decía que nos habíamos reunido para celebrar las Pascuas, y añado que, á mi juicio, debemos celebrarlas con una fiesta popular.

—Entónces una corrida de novillos, —dijo el Alcalde;— Aguirre podrá proporcionar el ganado.

—Es impropia de la estación.

—Hagamos una rifa, —dijo García.

—Pero es que no tenemos nada que regalar.

—Sí tenemos; tenemos para hacer varios lotes; regalaremos unos cristales de vacuna, de esa que no prende; una acción de los baños flotantes; un título de Socio de Amigos del País y el microscopio que se compró para examinar la *triquinosis*....

—Y los planos que está haciendo el Arquitecto; si son bonitos puede hacerse un lote con ellos; ¡para algo han de servir!
—Pero una rifa no es cosa propia; eso debe dejarse para la feria.
—Entonces, ¿qué hacemos?
—¡Hagamos un nacimiento!
—No es mala idea; pero para eso se necesita mucha gente; quizás no seamos bastantes.

—Asociamos á nuestra obra la Diputación provincial y algunos vecinos.

—Aprobado el pensamiento.

—Pues pongamos ya manos á la obra.

—Lo primero que necesitamos es el portal y el pesebre.

—Los baños flotantes pueden servir.

—¡Justo!

—Voy á contestar: «Los presupuestos municipales también tienen aplicación al objeto.»

—Pues pasemos adelante.

—¿Quién va á ser el niño?

—Nadie más indicado para ese papel que Ordoñez.

—Es verdad; un niño recién nacido á la vida pública; está en carácter.

—Entonces el papel de Rey Herodes se impone lógicamente á quien dijimos.

—¿Y qué hay de extraño en eso? Hará el papel á las mil maravillas, con su sable y todo, y sus arranques autócráticos; ¡estará que ni Valero!

—Pero es el caso que, marchando por ese orden, nos vemos obligados á dar el papel de inocentes á los de las ternas.

—¿Y qué?

—Que no habrá verosimilitud, porque esos tienen de inocentes lo que yo de serrano.

—Pero no por eso tendrá Herodes menos deseos de degollarlos (administrativa y políticamente hablando, se entiende), y por aquí resulta la verosimilitud; la verdad relativa de que nos hablan los actores y críticos dramáticos.

—Mas es que en el papel de inocentes estarían mejor nuestros electores, á quienes no hemos de dejar fuera de juego.

—No hay duda que estarían bien; pero no por eso se quedarán sin papel.

—¿Qué podremos darles si les quitamos ese?

—Decía el *Duende*, que era una especie de alabardero de la corte de Felipe V:

Para los tontos y bobos
Pastores del Nacimiento,
En las reales covachuelas
Hallo, etc.

—¿Y qué?

—Que nosotros haremos una pequeña variante, y, donde aquel decía «en las reales covachuelas», nosotros pondremos: «en el padrón electoral;» y si no resulta verso....

—Entendido, entendido y pasemos á otra cosa.

—¡Y el buey...!—exclamó Magdaleno.

—El buey lo suministrará Aguirre—dijo el Alcalde.

—¡Y la mula!

—Yo me encargaré de proporcionarla.

—¡Ah! una cosa se nos olvida.

—¿Qué es? ¿qué es?

—La paja para el pesebre.

—Esa podrán suministrarla *El Diario* y *La Provincia*, de tanta paja como meten en sus columnas. ¿No les ha de sobrar alguna para nosotros?

—¿Quién va á hacer de San José?

—Para eso se necesita uno que tenga una buena vara.

—Vega tiene una sin estrenar.

—Sí, pero mi vara no ha florecido todavía, y no sirve para el caso; la del Alcalde es más propia.

—Es que la mía se va ya marchitando.

—Bien, ya arreglaremos eso; pasemos á otra cosa.

—¿A quién buscamos para el ángel que toca la trompeta á los pastores?

—Para eso es preciso una lengua que sepa contar bien las cosas.

—Pues que Coto y Cortes queden en el encargo de proponerla, consultando para ello á la reunión matinal del Mercantil.

—¡Ah! ¡que no se nos olvide la estrella de rabo!

—Señores, dicen que en la Administración Económica hay un oficio del Ministerio de Hacienda sobre el barco que apresó el *Arlanza* con contrabando, oficio que puede arder en un candil.

—¿Y qué?

—Que si nos lo dejaran, nada mejor para hacer la estrella de rabo; porque.... ¡Como el asunto tiene tanta cola!

—Ahora, busquemos los Reyes Magos.

—Los Reyes que ofrecen el incienso y la mirra deben ser de la Comisión municipal de Higiene y Aseo, á mi parecer.

—Y el incienso y la mirra deben ser de lo que se cosecha en los alrededores de la plaza de Abastos y en otros puntos de la población.

—Eso es; incienso indígena, que deja muy atrás todos los perfumes orientales.

—Los provinciales y los inviolables que no tengamos papel tocaremos instrumentos pastoriles y cantaremos villancicos.

—Pues vamos á ensayar.

¡Carrasclos! las ternas no vienen;

¡Carrasclos! y Lopez se va;

¡Carrasclos! si Narciso triunfa,

¡Carrasclos! la que se va á armar.

La Noche-buena se viene,

La Noche-buena se va,

Narciso se irá al Garduño

Para no volver jamás.

REGALO

que, siguiendo su fina costumbre, hace EL ALABARDERO á sus favorecedores en la tercera Pascua de su vida periodística.

Un trazado colosal
Del más sapiente Vitrubio,
Sobre el próximo diluvio
Y el arca municipal;
De un gallardo Concejal
El habero y la sonaja;
Y, metido en una caja
Traída de Nicariggin,
El gran proyecto de Higgin
Sobre el agua de cerraja.

La oratoria de matraca
De aquellos que poco á poco
Son del Municipio el coco
Y juegan al mete y saca;
Los baños de Carratraca
Que sirvieron á don Quico;
Un brindis de Federico
En cierto festín cosaco
Donde ni Pepe ni Paco
Metieron al fin el pico

Una escuela de toreo
En la que será estudiante
Todo *erudito* elegante
Alto, bajo, guapo ó feo;
El miedo de Cirineo;
La gorra de Cara-ancha;
La manga moral y ancha
De la célebre Adelina,
Y diez libros de cocina
Que compuso doña Sancha.

Una sola cajetilla
Del estanco nacional,
Que es droga medicinal
Y asombrosa maravilla;
Tiene el palo de una silla,
La cola de un cachalote,
Las uñas de un monigote,
Que ya es sacristán bisono,
Y cuatro pelos del moño
De una vieja con bigote.

Los adoquinados todos
De las calles principales,
Metas de otras capitales
Por los lados y los lodos;
Los continuos acomodos
De las Ordenanzas chichas,
Que por eternas desdichas
No precaven otros yerros
Que la rabia de los perros
Con las modernas salchichas.

Del leve *Grano de Arena*
Un fondo grave y extenso,
Perfumado con incienso
De misa de Noche-buena;
Golosinas de alacena
De canónigo gotoso;
Grasa suave de oso
Que no embadurna el bonete
Y un cordón de Carlos Siete,
En todo el Orbe famoso.

Una accesoría completa
Que está adosada al *Chozon*,
Y que la da don Ramon
De balde; en una peseta
Una endiablada luneta,
Ó butaca de rejilla,
Ó potro, ó banquillo, ó silla,
Que son nada, y todo esto
Las que encuentra en el *Modesto*

El público de Sevilla:
Una artística paella
Hecha por otro señor,
Siempre que el espectador
Dé dinero para ella;
Suerte, guita y buena estrella,
Ofrecida siempre ántes
Á músicos y danzantes
Que vengan maná buscando
Al teatro de San Fernando,
Ó al coliseo de Cervantes.

Un usado breviario
Del Cura del Salvador,
Humilde y santo señor
Gala del confesonario;
Cargado en un dromedario,
Y ocupando todo el lomo,
El resto del primer tomo
De una historia de riada
(Por cierto subvencionada)
Que escribió Borja Palomo.

Una sucia redcecilla
Que le sirvió á cierta Filis,
Y cuatro tarros de bilis
Del señor Mena y Zorrilla,
Para el Fiscal de Sevilla
Un *rendez-vous* cariñoso,



¡Lotería!... ¡Felicitaciones!

Con estas dos palabras puede escribirse la historia de un pueblo de tahures y mendigos.

Que si es leído y famoso
Hasta aquí EL ALABARDERO,
Es porque este caballero
Es avec nous generoso.



—¡Sr. D. Homobono!...
—¡Mi queridísimo amigo D. Luis!...
—¿Á dónde bueno por aquí? ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos!

—Efectivamente, Sr. D. Homobono, ya ve usted, todo es cháchara, música celestial; la Civil sin compañeros y la compañía sin Civil. ¡La muerte en los labios hecha por sorpresa! La mar y los barcos.

—Tiene usted razón, amigo mío; esto se complica. Los dioses se van. Sevilla se queda en cruz y en cuadro.

—Habrá usted asistido á las dos solemnidades teatrales: el beneficio de Carolina y la representación del último drama de Echegaray.

—Claro está, hombre, claro está; pero la verdad es que me he quedado como antes. Ya habrá usted leído en EL ALABARDERO la revista de *La Muerte en los labios*, y con esa apreciación estoy del todo conforme; pero no sabrá usted nada del beneficio de la Civil, y voy á decirle cuatro palabras sobre el asunto.

—Creo que hubo *intrínquis*...

—Es claro, hombre, es claro: ya sabe usted que andaba la Empresa del *ochavito* en el asunto, y que la cosa no podía estar muy boyante; así, pues, sólo debo decirle que si Carolina no sacó en *Maria Antonieta* todo el escaso partido que permitía el mérito de la obra, no fué seguramente por su culpa, sino por las condiciones especiales en que se desenvuelven la compañía y Empresa del *ochavito* y del silencio.

Figúrese usted que hubo de suprimirse la marcha fúnebre del segundo acto por la tenacidad del Sr. Valera en no contratar flautas y piporros, y representé usted imaginariamente lo que sería una obra que ya de por sí estaba un tanto decapitada, y había de decapitarse más aún, por causas ajenas á la buena voluntad de la beneficiada.

—De modo que cayó al agua. ¿No es cierto?...

—Tanto como eso no diré yo, por no molestar á Carolina; pero la verdad es que teniendo necesidad de verla sola, sin el aparato necesario y como entregada á sus propias fuerzas para soportar el peso de una obra difícil y espinosa, por no ser por su hechura digna de elogio, resultó lo que debía resultar: que las dos veces que salió á escena la trágica fué única y exclusivamente porque los que la recuerdan en buenas compañías y en mejores tiempos le rindieron esa prueba de su antiguo afecto.

—Luego los culpables...

—¡Quiénes han de ser, hombre; quiénes han de ser más que los de siempre!

—¡Pues apague usted, y hasta otra, no sea que se enfade el señor Valera!



«El Sr. Cura del Salvador, D. Ricardo Ortiz de Urtaran, no sólo sabe sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos y prójimas...»

EL ALABARDERO ha tomado el rábano por las hojas...

«No se hace lo mismo en otros sitios que son más de todo el mundo que la Casa de Dios?...

La partícula del desierto, el átomo, *El Grano de Arena* se deja arrebatar por el viento de la contrariedad, se baña en el lintero de una

sacristía, rueda por cuartillas de sufrido papel y traza al azar lo que queda trascrito, y que, si fuera comestible, amargaría como la hiel.

«¡Prójimas!...» «¡Rábanos!...» «¡Sitios que son más de todo el mundo que la Casa de Dios!»

¿Por qué no se llama Benito el Sr. Ortiz de Urtaran?

Su Eminencia el Sr. Arzobispo de esta Archidiócesis ha tenido la bondad de remitirnos algunos bonos de pan.

¡Ahí duele, eminentísimo señor!

Cuando yo oiga muchas veces lo que anoche oí decir de Su Eminencia á varios pobres, me aseguro dos meses de sueño tranquilo.

De todos modos conste que mis compañeros de redacción y yo agradecemos á V. E. su recuerdo.

Alvaro, el pobre indultado de la pena de muerte, quiere que se haga pública su inmensa gratitud hácia cuantos se han interesado por su suerte.

Correspondemos á su deseo y hacemos votos porque halle en la resignación y en un arrepentimiento sincero el paliativo de los sufrimientos que le esperan en su perpétua reclusión.

Cuando el Diabolo na tiene que hacer, con el rabo mata moscas. Cuando el Sr. Peleato, Inspector de Orden público, se aburre, prende á Matute.

Matute es para mí un sér simpático, un *Gavroche* interesante, un *Ravira* en canuto y un *Andrius* crisálida.

El Sr. Peleato sabe que Matute no es ratero ni contribuyente, y, sin embargo, de vez en cuando el Sr. Peleato prende á Matute.

Esto, seguramente, lo hace el Sr. Peleato porque no hay *timadores*, ni licenciados de presidio, ni mujerzuelas, ni otras cosas que corregir, detener ó esposar; de otro modo el Sr. Peleato obraría tan acertada, prudente, justa, seria, digna, propia, oportuna y justificadamente como suele obrar en los bailes del café del Centro.

Y dirá el Sr. Peleato al leer este suelto, mejor dicho, este alabardazo suavísimo, primero de los que le tengo preparados: «Estas son cosas de Matute; ¡yo arreglaré á Matute!...»

Y dice EL ALABARDERO:

—¡Yo, yo arreglaré al Sr. Peleato!...

Mi pluma vale más, ¡ya se ve que vale! pero mucho más que un baston con borlas.

En la iglesia de Santa Marina se hace la *jornadita*, función religiosa que, según me dicen, tiene algo de auto sacramental en su parte representativa.

El Sr. Cura de dicha parroquia, director especial de los *rosarios de la aurora* y de alborosques muy del gusto de los vecinos que gustan de la tranquilidad y el reposo, tiene instruidos varios niños para que la *jornadita* resulte perfectamente ejecutada.

Los niños se visten de pastorcitos, y además se han ensayado para imitar con perfección el balido de las ovejas y el canto de otros animales. De este modo, me dice un amigo, la *jornadita* en Santa Marina sale como en ninguna parte. Hay niño que canta como el gallo, otro que mugre como un becerrillo, otro que berrea, otro que suena la esquila y otros, en fin, que balan, ó remedan la voz de los animalitos de su predilección.

—Y no sale mal la *jornadita*—añadía.—¡Si viera usted!... Le parece á uno que está en el campo.

—¿Y diga usted, esos pastorcitos van á la escuela?

—Hombre, no sé.

—¿Y tienen padre?

—Hombre, no sé.

—¿Y saben leer y escribir?

—No sé.

—¿Y tienen oficio, ó lo están aprendiendo?

—No sé.

—Entonces ¿qué es lo que usted sabe?

—¡Que hacen muy bien la *jornadita*!

—¡Val!...

La correspondencia y originales pueden dirigirse á la Administración, Lineros 2.